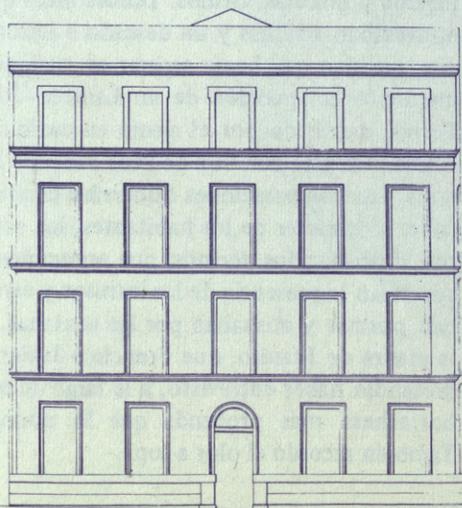
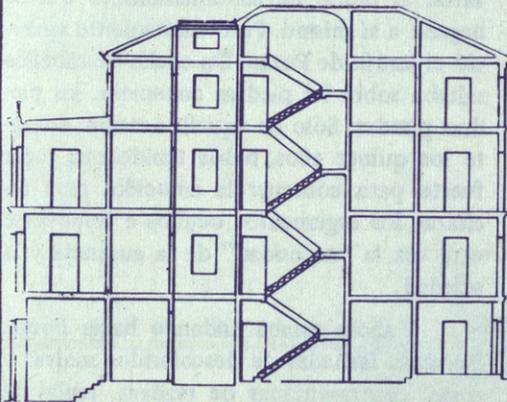


# PLANOS

que

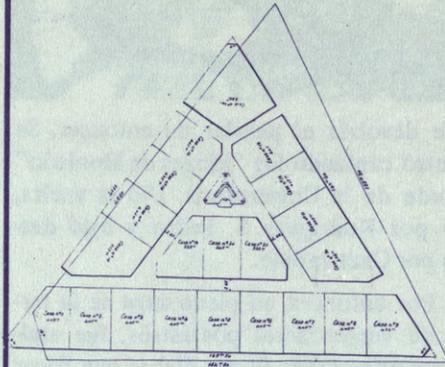
## D. ANGEL DE LAS POZAS

presenta en solicitud de licencia para edificar en los terrenos de su propiedad sitos en esta Corte extramuros de la Puerta de San Bernardino y comprendidos por el proyecto de ensanche.



### Disposicion general

de las casas que Dn Angel de las Pozas se propone fabricar en el terreno de su propiedad comprendido en el proyecto de ensanche de Madrid y situado extramuros de la Puerta de San Bernardino entre el paseo del mismo nombre, la cerca del Hospital Militar y el camino que va a la Cuesta de Arceiros.

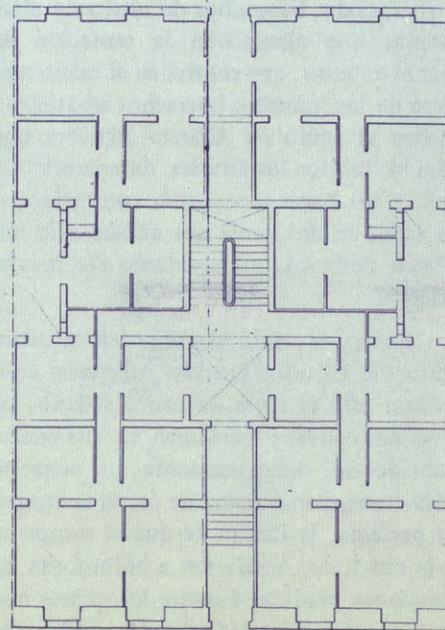


Leyenda -  
Lineas negras = Obiservaciones actuales que tiene la propiedad del Sr. Pozas.  
Lineas rojas = Nuevas observaciones que se dan por el proyecto de ensanche.

Escala de 1/1000' m' *Arquitecto*  
*Enio Urbina*

### Planta baja.

Comun. e las casas: 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 12, 16, 17.



Escala: 1/1000' m'

# redención del barrio de pozas, o



## el milagro de Ntra. Sra. DEL CORTE INGLES



Entre 1960 y 1976 se ha dado en Madrid un hecho singular que, sorprendentemente, ha escapado, al menos en su faceta esencial, a la sagacidad de los periodistas, a la curiosidad de la pública opinión.

Un pequeño barrio, situado casi al margen de la vida ciudadana, seguramente insalubre, sucio y viejo, casi inhabitable, ha desaparecido. Sus habitantes, vecinos en su mayoría ancianos, pobres y feos, pagando por sus detestables alojamientos rentas ruinosas para los propietarios, taponando un posible y sano flujo de riqueza, han sido llevados, amablemente, en calculada y tierna operación financiero—municipal a paraísos de extrarradio donde, en flamantes y cómodas viviendas con sólo 35.000 pesetas de entrada, cantidades aplazadas y portal de mármol, disfrutaban hipotéticos pajaritos encaramados en canijos árboles envueltos en sanas polvaredas. Y pasean.

En su lugar, colocadas las cosas en su sitio, impuesto por fin el orden, vuelto el polvo al polvo, sobre un solar de oro, los más finos técnicos, los constructores más audaces, han alzado un soberbio brillante edificio de piedra que devuelve a un barrio señorial su lustre y empaque y garantiza a sus nobles y dignos y legítimos ocupantes, el honesto ejercicio de comprar.

Tan brillante operación, ejecutada sin traumas sociales, sin lesiones económicas, sin extorsiones legales, no ha podido llevarse a cabo con el sólo esfuerzo de los hombres. Con seguridad, poderes transcendentales han cooperado activamente. Esta legítima historia explica el milagro.

### FICHA

Francisco Javier S., nacido en Madrid, en Marzo de 1935, padeció guerra y posguerra. Padeció padre e infancia con estudios becados en el Colegio de Areneros, adolescencia paciente en Congregación Mariana. Sufrió juventud en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de

Madrid. Arrastró fracaso, asumió frustración en las frecuentes tabernas de su barrio.

Francisco Javier S., nacido en el barrio de Argüelles, huyó a Alemania al cumplir los 25. Trabajó de peón en fábrica alemana. Olvidó casi todo durante quince años.

Está ahora bajando la escalera de su casa, recién llegado de Alemania, en la última semana de 1975.

### EL PASADO

En el portal volvió “el tiempo perdido”. Tenía delante la Casa de las Flores. Recordó la Plaza de la Moncloa, cubierta de tiouvivos y casetas. El Laurel de Baco. La Sierra vista desde arriba del Parque del Oeste. El paseo central del Bulevar que unía el final de Andrés Mellado con el misterioso Barrio de Pozas.

Pozas constituía, en su infancia, algo así como una “zona prohibida”. Una vida desconocida, vuelta hacia adentro, quedaba al margen de la diaria caminata al Colegio de Areneros, del camino dominical del buen Suceso y los cines. Recordó las largas veladas de castigado en las aulas de Areneros, la triste luz amarilla sobre los distraídos cráneos de los rebeldes, sobre las cabezadas del vigilante y, casi al final, una voz de mujer que, lejos, en el breve silencio apenas turbado por los autos, llamaba: “¡Juanito!”, “¡Juanito!”. Recordó cómo aquella llamada se la imaginaba él viniendo desde el barrio de Pozas. Una madre que se asomaba al Bulevar, en la calle juega que esquinaba la taberna y llamaba al hijo para cenar: “¡Juanito!”, “¡Juanito!”.

La primera estación la hizo en Guzmán el Bueno. No recordaba con exactitud el orden, casi monacal, del ritual vinícola de los sábados. “Noches de vino y versos” que inevitablemente llevaban a la invocación de Neruda, Lorca y los demás, delante de la Casa de las Flores. Pero, de alguna manera, recompuso la teoría de tabernas y deambuló, casi gozoso, apurando un vino que sólo alguna



vez le devolvía el paladar de entonces. Se encontró cantando los “Mozos de Monleón” al borde de la Universitaria. Dió la vuelta, entró por Rodríguez S. Pedro y bajó despacio por Gaztambide.

Por entonces, en pleno auge de la tertulia de vergonzantes poetastrós, fue asaltado por primera vez Pozas. Había que llegar casi al final con el ánimo caliente y aguzada al máximo la sensibilidad, fino el oído y atento el ojo. Primera una larga estancia en la taberna de la madre de Juanito, donde daban un vino flojo con un acusado gusto a pellejo. Una taberna como casi todas las demás mostrador de zinc, estantería oscura, azulejos de grecas azules, mesas de mármol y hierro forjado, banquillos de madera y altas ventanas que eliminaban la tentación de mirar al exterior, que centraban el calmo ambiente de los honestos borrachos sabatinos y alejaban el ruido de Alberto Aguilera que ahora sí, talados los árboles, desaparecido el paseo y los bancos, se había convertido en una calle, en una zanja que aislaba más aún al barrio de Pozas, que acentuaba aún más su misterio.

Luego el lento caminar en silencio, dentro del silencio. Las tres callejuelas conservaban aún el suelo de canto rodado, las aceras enlosadas, y confluían en una encrucijada donde, milagrosamente, un pequeño jardín triangular acababa de cerrar la imagen casi perfecta, la ilusión de que el tiempo se había detenido. Acudieron a borbotones las sensaciones perdidas durante los quince ma- cillentos años soportados a las orillas del

Rhin. Rotas las relaciones, clausuradas las correspondencias, sólo una vez había sentido el trallazo de la nostalgia agarrado a la jarra de cerveza. En la televisión alemana apareció el título de una película española: “La busca”. El nombre de Baroja le puso ya en tensión. Luego las bellas, duras imágenes le llevaron al punto de sentimentalismo que se negaba a sí mismo. Pero súbitamente apareció el jardín de Pozas. Un coche de caballos saltaba sobre las piedras conocidas, las piedras pisadas. Sólo en aquella ocasión, durante los quince años, había tenido que jugar fuerte para contener la emoción, para rechazar los argumentos ocultos e imponerse otra vez la “necesidad” de la ausencia y la soledad.

Y ahora estaba andando hacia Pozas. Borrosas fachadas de descoloridos malvas y rosas, contraventanas de madera, jaulas de pájaros y macetas. Grillos. Tenues luces que atravesaban rendijas y un deseado e ilusorio aire parisino que hacía esperar en cualquier momento la aparición de un Lautrec—José Ferrer, derribado por el ajeno en cualquier rincón. Un aire con voz de Piaff rodando las erres. Las conversaciones discurrían también sobre el carácter de los habitantes, los ocultos, desconocidos vecinos, que seguramente advertían la presencia de los intrusos y cerraban puertas y atisbaban por las ventanas. Y la madre de Juanito, que Francisco Javier S. pretendió haber entrevisto, a lo largo de una borrachera más profunda que lo normal. También recordó el olor a sopa.



## EL MILAGRO

Indudablemente Francisco Javier S. llevaba dentro del cuerpo más alcohol del recomendable cuando desembocó en Alberto Aguilera. Seguramente la nostalgia que recorría su piel no le permitía una visión objetiva de las cosas, pero lo cierto es que a sus pies se abrió un tremendo foso por el que circulaban, bramando, negros y rápidos automóviles que arrojaban luces cegadoras. Alzó la vista. Al otro lado del foso esta Pozas. Oyó la voz de la madre: “¡Juanito!”, “¡Juanito!”, y el último y esta vez desgarrador eco de disolvió en un trueno que, derribando las viejas casas, hizo surgir de la misma extraña de la tierra un formidable artefacto de piedra, acero y cristal. Cesó el rugir de los avernos y llegaron distantes, desde las altas cornisas de la mole gris, frías campanadas solemnes. Francisco Javier S., estupefacto, maravillado, casi contento, vió como del firmamento bajaban estrellas y

banderas a instalarse en las lejanas y triunfantes cornisas. Vió también luces y cascadas entre los cánticos y trompetas arias de un Wagner—Waldo de los Ríos. Vió llenarse el foso de aguas amenazantes. Vió una góndola prendida en los aleros. Vió, con los tentáculos colgando por las fachadas, a la General Motors vestida de odalisca, sentada en el tejado. Y vió, por fin, una inmensa y profunda grieta vertical, apretada por los macizos, brillantes muslos de granito del gigante—madre. En el foso flotaban cadáveres.

Comprendió que su pasado estaba a punto de ser borrado.

Dió la vuelta y anduvo rápido. Una cafetería. Olor a margarina frita. Terrible luz de pista de aeropuerto a media noche. Whisky. La voz de Cecilia cantando “Esta España mía”, arrastrando serpenteantes esos sibilinas. Whisky. Whisky.

|   |  |   |
|---|--|---|
| <p><b>FUENLABRADA</b><br/>ctra. fuenlabrada a leganes<br/>crtá fuenlabrada a mostoles</p> <p><b>entrada UNICA</b><br/><b>29.000</b> pts</p> <p>Información en las Urbanizaciones y en Cuatro Caminos 6y7, 4 Madrid-20</p> | <p><b>mostoles</b><br/>carretera extremadura, tercer paso elevado a la derecha</p> <p><b>entrada desde</b><br/><b>58.000</b> pts</p> <p>financiación CAJA DE AHORROS DE MADRID</p> | <p><b>parla</b><br/>junto colegio municipal</p> <p><b>entrada desde</b><br/><b>26.000</b> pts</p> <p><b>IMPORTANTE:</b> Estudiaremos cualquier fórmula de pago que se adapte a sus posibilidades.</p> |
|---|--|---|

## PRIMER SUEÑO DE FRANCISCO JAVIER S.

El Castillo es el Castillo de Kane—Walls Francisco Javier S. con trineo—gallina con ruedas.

Suena Caballería Rusticana — Retablo de Maese Pedro.

Baroja, con estetoscopio y chistera de Lautrec.

De adentro vienen los de Pozas, sin rostro. La madre de Juanito vestida de negro, con alcuza, buscando al hijo junto al Sena en la Isla de S. Luis. Luces tenues, calle de cantos rodados. Grillos. Silencio.

Olor a muerto. El Consejo de Administración se reúne. Sobre la pizarra el nombre de Pozas es borrado por el Hombre grueso del puro y la pistola. Dibuja pájaros y aire puro, dibuja parquet en cuarto de estar, cuatro dormitorios y cómodos plazos. Escribe Parla y Alcobendas y Móstoles y Fuenlabrada. Y empuja.

Tinieblas y zozobra. Llanto, soledad y crujir de dientes.

En la pesadilla, sobre la mesa del Consejo, una débil, brillante lucecita, insinúa una frágil forma de doncella con túnica azul.



LA BUSA  
A. FONS.

## LAS CLARIDADES DEL DIA

Avanzada la mañana Francisco Javier S. se despertó austado. Algo así como los “Módulos” de Luis de Pablo ocupaban por dentro su cabeza y el agrio sabor del vómito inundaba su lengua. Decidió hacer la maleta y volver inmediatamente a Colonia. Después de la ducha le entró la duda. ¿Había sido verdad o el vino le había jugado una mala pasada? Lo cierto es que el deseo de volver fue tan intenso que después de comer frugalmente y dormir una reconfortante siesta, recuperado el sentido, evaporada la jaqueca y el ánimo dispuesto, se vistió, salió a la calle y enfiló, silbando alegremente una Romanza de zarzuela, la calle de Gaztambide, bajando hacia el “bulevar”.

Estaba allí. Era más pequeño. No había foso, sino la calle de Alberto Aguilera. La góndola era un artefacto colgado de la cornisa, seguramente para simplificar la limpieza de la fachada.

Detrás del edificio principal, ciego, se alzaban otros con ventanas. En la cubierta banderas y volúmenes arbitrarios, brillantes tubos y chimeneas. Dando la vuelta descubrió que ocultamente se alzaba un rasca-cielos hábilmente disimulado entre los blo-

ques más bajos. En la esquina de Princesa y Alberto Aguilera estaba la puerta principal y sobre ella el enorme ventanal que por la noche se le apareció como una grieta natalicia. Por ella entraban afanosas gentes.

Entró. Inesperadamente, cruelmente, en el mismo umbral, le cayó del techo un chorro de aire caliente en el cuello. Como una guillotina.

Quedó deslumbrado. En Alemania normalmente hacía sus compras en las pequeñas tiendas del extrarradio, y por instinto había rechazado las sugerencias de la patrona de comprar “más cómodamente y mas barato” en los grandes almacenes del centro.

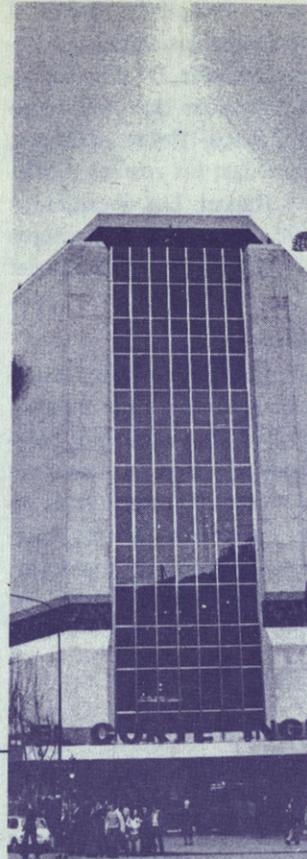
De su única visita a un establecimiento semejante, en un rápido viaje a París en vacaciones, había guardado una imagen diferente. Recordaba de aquella visita un ámbito casi catedralicio, con elegantes escaleras que bordeaban un espacio abierto, barandillas cuidadosamente diseñadas, hermosas lámparas y claros ventanales. Un espacio panorámico, comprensible y lujoso, que nada tenía en común con el pasillo invertido que se le ofrecía a la vista. Un techo y un suelo arrancados de una desesperada perspectiva de Chirico, señalando un infinito inalcanzable, sin límites laterales, donde los posibles bordes, los asideros de la mirada, quedaban destruidos, atomizados, por la inmensidad de objetos, carteles, luces, colores y personas. Una masa ávida de lustrosas señoras rubias, con abrigo de piel, compraba, devoraba, digería series de mercancías inagotables.

Una luz homogénea, un olor a rosas y una canción de Raphael flotando. En el centro, implacables, definitivas, incitantes, unas escaleras mecánicas.

Su primera reacción fue la fuga, salir corriendo, recuperar el espacio relativamente abierto, que le ofrecía la calle. Giró sobre sí mismo. Intentó recuperar la puerta de entrada. Pero en el breve tiempo perdido la

masa de compradores se había cerrado detrás de él. Avanzó con dificultad. Sus discretas indicaciones pidiendo paso obtuvieron miradas reprobatorias y gestos de repulsa. Se sintió solo, controló germanicamente sus impulsos destructores, aflojó la mente y entregándose se dejó llevar.

Pronto estuvo en la escalera, la sensación de ser elevado, conducido sin esfuerzo, le proporcionaba un pequeño placer que se ensanchaba en los almíbaros de la voz de Camilo VI. Durante un tiempo indefinido, sumergido en algo parecido a un éxtasis, vagó por el espacio inalcanzable, subiendo, bajando, desplazándose horizontalmente a través de un mundo de objetos apetitosos, de aromas, músicas y colores inefables. Oscuramente, se sintió arrastrado hacia el interior de su propia historia hasta aquel ámbito ciego, silencioso, dulce, tranquilo y asombrosamente confortable en que flotaba sin miedo, sin pasado ni presente. Sin preguntas. El mismo ámbito reconocido en alguno de los sueños de pre-infancia. Por segunda vez en aquellos singulares días entrevió la dulce silueta de la doncella azul. Deslizándose entre las murallas de objetos ofrecidos, filtrándose a través de cuerpos y carteles, buscó en los estantes una amarilla gallina de trapo con ruedas. La dura realidad de una interjección formulada por una hostil joven sentada detrás de un mostrador, entregándole una tarjeta, le extrajo del pequeño paraíso recobrado. Estaba en la cafetería. No era tal vez el lugar adecuado para recuperar la lucidez, pero se sintió aliviado ante la posibilidad de tomar un trago. Se acomodó en la barra. Pidió de beber. Percibió el exterior. La bandera Nacional y la Trinitaria del Corte Inglés ondeaban sobre el cielo azul intenso, rotundo y luminoso del invierno madrileño. Al fondo las nevadas montañas de la sierra. Giró en su banqueta. Al otro lado de una pared de vidrio la gran masa de lustrosas rubias se afanaba sobre informes montones de prendas de vestir buscando sus oportunidades. Bebió larga, ávidamente.



### LA PASION DE FRANCISCO JAVIER S.

Definitivamente recuperada la crítica lucidez de sus mejores momentos, Francisco Javier S. decidió marcharse. Su natural timidez y una cierta confianza en sus dotes de observación le impidieron en principio consultar con algún empleado. Se desplazó, bajó, buscó. Descubrió ascensores y escaleras fijas. Investigó puertas secretas, ocultos armarios, urinarios y probadores. Subió, se abrió camino a codazos. Bebió nuevamente.

Repitió el intento, una, cinco veces más.

En dos ocasiones las escaleras le condujeron a otros espacios ocupados por vehículos muertos, donde, paradójicamente, el aire se le antojaba más fresco. Allí también

buscó la salida y, creyendo alcanzarla, estuvo a punto de ser arrollado por veloces automóviles vivos que surgían súbitamente de la oscuridad.

Cada viaje, cada intento, terminaba en la barra de la cafetería. Borrachera. Salió y se sumió en la masa de compradores. Vió a Orson Wells y a Lautrec, a Lorca y Neruda, Lola Flores y el Cordobés, todos comprando.

Cientos de jesuitas comprando. Rapael y Camino que, apartándose, dejaron aparecer al hombre gordo del puro y la pistola que riendo le empujaba. Cayó en un montón de cretonas. Acogidos en el calor de la tela se durmió dulcemente.

## SEGUNDO SUEÑO DE FRANCISCO JAVIER S.

Masas de mujeres gritando "vivan las caenas" entran por la inmensa vagina con ávidos rostros ensorianos. La cortina de aire es una verdadera guillotina de degüelle. Ruedan las cabezas. Los cuerpos decapitados continúan frenéticos, comprando. En el estante los consejeros de levita rebañan con cuchara los sesos y sorben con placer los ojos de las cabezas amontonadas.

Otra vez el edificio gris. Entra.

En el interior esta repetido el Barrio de Pozas a tamaño natural. Deambula sólo. Una luz en una puerta. Entra. Dentro está el Castillo. Se asoma por la ventana de Kane. Dentro está el Consejo de Administración pintado por Solana. Habla el Hombre gordo del puro y la pistola. Alzando el rostro al techo empiezan a sorber con fuerza. Por el sumidero de las bocas van entrando todos los objetos con sus precios, las casas, las personas, Juanito y su madre, el Barrio de Pozas. Se tragan el espacio entero. Queda el vacío. Alestargados duermen el sueño de la boa. Defecan Parla. El Hombre gordo del puro y la pistola se pare a sí mismo en millares de pequeños hombres gordos que crecen y se reproducen incesantemente, llenando el vacío. Un espacio repleto de Consejeros y Hombres gordos con puro y pistola que, hacendosos, fabrican series de imágenes de escayola. Repetidas manufacturas de la frágil doncella de túnica azul, con corona de oropel, salen de sus manos e inician procesiones. Decapitadas, jesuitas del siglo XVII, vecinos del Barrio de Pozas, siguen, marcando el lento compás. El entierro de la Sardina. Del duro suelo un herético fraile extrae una farola. Pasean por las calles de Parla. Guirnaldas y fuegos de artificio. Vuelven las procesiones al útero. Compran, compran.

Las escaleras mecánicas son la Torre de Babel. Brotan de un altar de granito. Vuelan. En el altar se entroniza la manufactura de

escayola azul y rosa, decapitada. Sobre el cuello aparecen, sucesivos, los cráneos de Cecilia y Lola Flores, Estíbaliz, D<sup>a</sup> Pilar Careaga y otras damas enjoyadas que rien como caballos. A ambos lados, flotan seráficos, sobre alitas emplumadas, los rostros mofletudos de Camilo y Rapael. Los decapitados aplauden y adoran. Consejeros y Hombres gordos con puro y pistola comen detrás del mar de objetos.

Cambio Súbito.

Se desliza de niño (niño—Wells—Juanito) con el trineo—gallina con ruedas, por pendientes nevadas. Planea sobre el océano de objetos. Pierde el trineo que cae en la enorme chimenea y arde. Se hunde en la alfombra de objetos y viscosos, muertos, catalogados. Le cubren, le aplastan, le ahogan. Reza. Una mano azul le acoge. Le extrae. Se despierta. Está sólo.

## MUERTE

Está sólo. Silencio total. Llega a la cafetería. Sale a la terraza. Amanece. Decide saltar a la góndola y salir navegando hacia la Sierra. Trepa a la baranda. Se agarra a los mástiles. Las banderas flameando le golpean la cara. Se arroja al vacío. Queda su corbata enredada en las telas de colores que mueve el viento. Cuelga el cuerpo. Se estrangula. En el estertor, iluminado el horizonte, contempla aún cómo el Hombre gordo del puro y la pistola, lleva sobre sus hombros la frágil silueta azul que le sonríe. Orgasmo. Oye la voz de la madre llamando a Juanito. Gallina con ruedas. Montañas nevadas. Lejos, en la Moncloa, gargantas viriles cantan el Cara al Sol. Muere.

## NOTA FINAL A MODO DE PRECEDENTE HISTORICO

*En 1617 los antecesores de los Padres Jesuitas del Colegio de Areneros, Financiados por Felipe III y su esposa Margarita, colocaron en Salamanca la primera piedra del edificio en que más tarde sería llamado "La Clerecia". Las sumisas autoridades salmantinas justificaron esta erección en virtud de los seis meses que estuvo encarcelado el fundador Ignacio en las prisiones helmánticas.*

*Para alzar la soberbia construcción, sede de la Orden, fue desalojado y derruidos un barrio popular habitado por más de 500 vecinos. Paradojicamente se demolió también, entre las casas de la gente trabajadora, el palacio de un noble de sangre comunera. A este noble, las justas autoridades donaron la mansión que merecía su rango, en otro lugar de la ciudad. Los vecinos plebeyos sólo tuvieron acceso al motín, la subversión y el desorden. La revuelta, secundada por estudiantes, menestrales y artesanos, fue reprimida con la violencia armada.*

RINCONETE Y CORTADILLO